



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

GEOPOLÍTICA

DAVID HERRERA SANTANA

Enero 2018

GEPOLÍTICA

Por David Herrera Santana*

Introducción

El concepto de *geopolítica* tiene una larga historia, ha sido objeto de numerosos debates y discusiones, ha sido empleado en distintos sentidos y hasta el día de hoy no existe una única tradición ni un sólo significado al que pueda adscribirse. El término mismo es el centro de acalorados encuentros entre distintas posturas teóricas que, o bien lo sepultan en su legado imperialista o lo reivindican sin mayor miramiento en la etapa actual de profundas transformaciones en el sistema mundial.

Existen también los intentos por reconceptualizarlo o cuando menos plantear que la geopolítica no puede entenderse en un sólo sentido ni puede dotársele de un único significado, sino que, cuando menos, debe plantearse una primera división entre la geopolítica como elaboración teórica/conceptual orientada a la práctica (en el sentido de una *praxis* espacial) pero también como una forma de comprensión teórica, académica o no, de esa *praxis* espacial.

En este sentido, la geopolítica también puede ser dividida en muchas otras esferas, dependiendo tanto de la adscripción teórica que reivindique al término y la orientación política que cada una de ellas tenga, como de la propia *praxis* espacial de que se trate: si es referente a una *praxis* de la dominación, derivada de la estructuración de las relaciones de poder imperantes en las diversas escalas, o si, por el contrario, se trata de una *praxis* espacial con sentido emancipatorio, aquella que busca negar las propias relaciones de dominio, desestructurarlas, subvertir y desarticular su coherencia socio-espacial.

El objetivo del presente artículo, por lo tanto, es plantear un panorama general de la complejidad que representa la *geopolítica* tanto en su dimensión teórica e histórica como en el ámbito de la *praxis espacial*, que en realidad poseen un vínculo indisoluble, que solamente puede ser seccionado con fines de análisis académico, como se hace en esta ocasión. Se busca partir de los orígenes del concepto para plantear un recorrido histórico que abarque tanto sus raíces (teóricas, históricas, políticas y culturales) como su desarrollo posterior, hasta llegar a los momentos en que algunas tradiciones políticas y teóricas lo han

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales y Maestro en Estudios en Relaciones Internacionales. Profesor del Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

reivindicado, cuestionado, reconceptualizado o simplemente utilizado sin mayor reflexión de fondo.

En última instancia, se pretende brindar una comprensión de la geopolítica que responda al momento de crisis radical que atraviesa el sistema mundial, incluyendo la comprensión de una geopolítica que puede alejarse de los designios del poder y la dominación, planteando horizontes emancipatorios y la posibilidad de negar la misma reproducción de la realidad imperante.

Perspectivas clásicas. De la Geografía política a la geopolítica

I

El origen del concepto de geopolítica lo encontramos a principios del siglo XX inmerso en las profundas transformaciones que el sistema mundial experimentaba entonces. Es el jurista sueco Rudolf Kjellén (1846-1922) quien planteó el concepto *Geopolitik* como una especie de contracción del concepto de Geografía política, de origen alemán y tradición ratzeliana, que imperaba entonces.

Kjellén buscaba plantear una teoría del Estado alejada de la teoría del Derecho, así como también de la Filosofía y de la Historia, sobre todo las imperantes en Alemania en el contexto de la Primera guerra mundial y durante la posterior consolidación de la República de Weimar. Contrario al positivismo legal de corte normativo, característico de autores como Kelsen y Jelliken, Kjellén propondrá una “visión empírica” del Estado¹, relacionada con su propuesta de observar al *Estado como organismo*, en el sentido legado por la primera geografía política.

Desde 1905 Rudolf Kjellén emplea el concepto de *Geopolitik* en un ensayo titulado “Las grandes potencias”, y para 1916 le da contenido al mismo en su libro *Der Staat als Lebensform (El Estado como forma de vida)*, en donde la geopolítica se definía como “la ciencia que estudia al Estado como organismo geográfico”, caracterizándose por ser una “intersección entre la ciencia política, la geografía política, la estrategia militar y la teoría jurídica del Estado”,² es decir, por plantear la vía independiente y pragmática de estudio del

¹ Cfr. Benno Teschke, “Geopolitics” [en línea], en *Diccionario Histórico Crítico del Marxismo*, en <http://dhcm.inkrit.org/geopolitics> (Consultado el 27 de noviembre de 2017)

² José William Vesentini, *Novas Geopolíticas*. Editora Contexto, Brasil, 2000, p. 15. (Traducción propia)

Estado. La diferencia con la geografía política se ubicaba, según Kjellén, en que ésta es estática, al “describir” al Estado *como es*, mientras la *Geopolitik* sería dinámica, al observarlo en su *evolución*, en movimiento. De ahí que el jurista sueco extrajera ciertas *leyes universales* que condicionan al Estado.³

Así observada, la geopolítica estaría determinada por el interés de fundar un conocimiento científico de corte positivista que satisficiera la necesidad, de algunos sectores, de entender la dinámica de *evolución* del Estado europeo de principios del siglo anterior, rebelándose en contra de los conocimientos tradicionales que lo observaban de forma estática (historia, derecho, filosofía); de igual modo, estaría justificada por la creciente competencia interestatal que derivó en las dos guerras mundiales.

La particularidad de la *Geopolitik* residiría en observar la forma en cómo el espacio geográfico –el medio físico– *condiciona* a la política, cómo la moldea y cómo le imprime ciertos constreñimientos y restricciones insalvables, que le orillan a *adquirir ciertos comportamientos*.

No obstante, la geopolítica tiene raíces más profundas y se relaciona con la propia consolidación del Estado moderno. Si tradicionalmente es observada como un instrumento de las políticas exteriores de los Estados imperialistas en franca competencia, en realidad también debe ser vista en su dimensión social, como una *geopolítica social*, como lo denominaran Cowen y Smith,⁴ fuertemente vinculada con la propia producción de la población, los mecanismos biopolíticos de regulación de la vida (y la muerte), el disciplinamiento social (desde el cuerpo, el individuo y llegando a la misma población y la especie) y la gubernamentalidad que le es propia a la noción del Estado moderno.⁵

En este sentido, si bien el pensamiento de Kjellén se encuentra influenciado por la geografía política ratzeliana, ésta también se funde en un debate de raíces burguesas,

³ “Ley de cobertura de sus propias necesidades, como impulso hacia el desarrollo, hacia la expansión; Ley de existencia de partes vitales del imperio y de arterias de tráfico ;Ley de individualización geográfica del imperio, que induce a definir interiormente un territorio natural y a buscar, exteriormente, fronteras naturales; Ley de expansión hacia el mar por parte de los estados [sic] continentales; Ley de tendencia a la autarquía: el territorio natural ha de ser lo que permita conseguirla.” (Joan Nogué y Joan Vicente Rufí, *Geopolítica, identidad y globalización*. Ariel, Barcelona, 2001, p. 38)

⁴Cfr. Deborah Cowen y Neil Smith, “After Geopolitics? From the Geopolitical Social to Geoeconomics”, *Antipode*, Vol. 41, No. 1, 2009, pp. 25-30.

⁵Cfr. Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*. FCE, México, 2008, pp. 139-159; Henri Lefebvre, *State, Space, World. Selected Essays*. Neil Brenner y Stuart Elden edit., Minnesota University Press, Estados Unidos, 2009, pp. 124-137.

románticas, nacionalistas, así como racistas, clasistas y eugenésicas, que se desarrolla en Europa, específicamente en los territorios germánicos, desde cuando menos el siglo XVIII, y que serán la base teórico-histórica y de la propia *praxis* espacial que llegue hasta finales del siglo XIX con la consolidación de la primera geografía política moderna.

En 1726 se publicó el *Comentario sobre el método real de la Geografía* de Polycarpus Leyser, con el que se inicia en los territorios germanos un fuerte debate en torno al conocimiento geográfico de la época y su estatuto dentro del conocimiento en general. Leyser afirmaba la noción de una geografía independiente de la política y de los llamados *staatsgeographen*, los geógrafos al servicio de la política definida por la existencia de los entonces principados germánicos. En contraposición, proponía una corriente que desde entonces fue conocida como *Geografía pura* o *Geografía natural*, supuestamente basada en el estudio del espacio tal y como se revelaba, sin intervención de la política.⁶

La propuesta de Leyser y la geografía pura es el punto de avanzada del conocimiento y la *praxis* burguesa de la época, en la derrota del conservadurismo y el camino hacia la lenta pero anhelada unificación de los territorios germánicos. De esta forma, lo que comienza a vislumbrarse como la geografía moderna se encuentra vinculada como conocimiento orientado a la práctica política de la formación y consolidación del Estado moderno.

Los dos exponentes máximos de la geografía alemana durante el siglo XIX, Carl Ritter (1779-1859) y Alexander von Humboldt (1769-1859), serán adherentes y promotores de esta corriente de geografía que pugna por una *praxis* burguesa tendiente al positivismo y al estudio de las regularidades y certezas geográficas (y sociales). Si Ritter pretende “predecir el patrón necesario de evolución de ciertas sociedades comenzando por datos generales”,⁷ mismo que debía ser seguido para alcanzar la prosperidad, en Humboldt se prefigura un pensamiento que atiende a los “fuertes vínculos” entre la población y el Estado, muy cercano al proyecto de conformación del Estado de base nacional.

En la geografía natural o pura, ya se observan los elementos organicistas que serán el fundamento del pensamiento geográfico del último cuarto del siglo XIX, como también se plasma claramente “el objetivo de enfatizar la determinación primaria de la política por el

⁶ Franco Farinelli, “Friedrich Ratzel and the nature of (political) geography”, *Political Geography*, No. 19, 2000, p. 944. (Traducción propia)

⁷ *Ibidem*, p. 948.

espacio”,⁸ que Teschke observa en la geopolítica de Kjellén, pero que en realidad es característica de todo este pensamiento determinista.

II

La batalla entre la “geografía política” y la “geografía pura” duraría justo hasta la unificación alemana en 1871, en donde la última triunfa junto con la nueva correlación de fuerzas impuestas por el proyecto vencedor. Es entonces que la división que propone una geografía “pura” y otra de carácter “político” resulta inoperante, cuando el proyecto burgués ha triunfado y lo ha hecho no solamente en Alemania, sino en toda Europa. En este contexto, la imposición de los nuevos bloques históricos y de la dirección moral-intelectual que les son inherentes,⁹ impone también la necesidad de redefinir tanto el rumbo de la consolidación propia del Estado germano, como el conocimiento y la *praxis* espacial que le acompañan y le sostienen.

No obstante, pueden citarse también otros dos pilares fundamentales para la primera geografía política. Por una parte, el contexto y la herencia socio-cultural europea en general; por la otra, el mismo conocimiento científico que se consolida en el siglo XIX. En ambos casos, el eurocentrismo, el racismo, el sexismo y el clasismo –la explotación, la raza, el género y el universalismo–¹⁰ se conformarán en los ejes articuladores tanto de la teorización como de la *praxis* espacial.

La consolidación de una *Europa genocida*,¹¹ para finales del siglo XIX, es sin duda el nicho ideal para el surgimiento de un pensamiento geográfico determinista que deriva en la primera geopolítica. La experiencia bélica y la *praxis* belicista que es propia de la consolidación del Estado moderno en Europa,¹² y que se manifiesta quizá con mayor crudeza en las dos guerras (europeas) mundiales de principios del siglo XX, marcan lo que Bensoussan denomina como *una experiencia de los límites*, que deriva en un proceso de deshumanización abierto y en la justificación de la aniquilación de unos por los otros.¹³

⁸ Benno Teschke, “Geopolitics”, *cit.*

⁹ Cfr. Antonio Gramsci, *Antología*. Siglo XXI, México, 2010, pp. 283-286.

¹⁰ Cfr. Immanuel Wallerstein, *Geopolítica y Geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Kairós, Barcelona, 2008, pp. 218-254.

¹¹ Cfr. Georges Bensoussan, *La Europa genocida. Ensayo de historia cultural*. Anthropos, España, 2015, pp. 13-32.

¹² Cfr. Michel Foucault, *Defender la Sociedad*. FCE, México, 2006, pp. 33-66.

¹³ Cfr. Georges Bensoussan, *La Europa genocida. Op. cit.*, pp. 35-93.

Esta *brutalización* y la propia *banalización de la violencia* que se deriva de ella, no obstante, no solamente surge en la experiencia europea como si ésta fuera un *sistema cerrado*.

La experiencia imperialista y de colonización conlleva ya esa brutalización y banalización de la violencia,¹⁴ así como los procesos que permitirán el surgimiento de un pensamiento biologicista, evolucionista, racista, sexista y eurocéntrico, que legitimará y guiará la *praxis* espacial de eliminación de *lo Otro*,¹⁵ incluyendo al *Otro* –identificado en muchas ocasiones como parte de eso *Otro* natural– al cual puede, e incluso debe, negársele su propia existencia.

La colonización como “una negación sistémica del otro, una decisión furiosa de privar al otro de todo atributo de humanidad”,¹⁶ es también esa experiencia del límite que instala una barrera entre *especies de vida*. El concepto de *vida*, como categoría biológica, biopolítica, de regulación de los procesos del *hombre/especie*,¹⁷ define también la jerarquía entre las *vidas plenas* y aquellas que son *desechables, sacrificables, prescindibles* y, por lo tanto, las que pueden *no vivirse*, o vivirse de acuerdo con ciertas limitaciones, impuestas desde aquellas que se manifiestan en su plenitud.¹⁸

El siglo XIX es el testigo de un poder que muta del *hacer morir* al *hacer vivir*, es decir, se presenta “como derecho de intervenir para hacer vivir, sobre la manera del vivir y sobre el *cómo* de la vida, a partir del momento, entonces, en que el poder interviene sobre todo en ese nivel para realizar la vida, controlar sus accidentes, sus riesgos, sus deficiencias”,¹⁹ el poder que se ejerce, entonces, ya no es sobre el dictado de la muerte, no solamente sobre un cuerpo individual, sino sobre la población, sobre la especie, sobre la vida. Ese momento define no solamente el instante cumbre de las tecnologías del poder sobre la propia vida, sino la biologización de la política, la creación de la especie y su esquematización y jerarquización. Una vida, una especie, pero diversas *razas* que la componen, con distinto grado *evolutivo*. Como afirma Bensoussan:

¹⁴ Cfr. *Ibíd.*, pp. 95-122.

¹⁵ Cfr. Bolívar Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, en B. Echeverría, *Ensayos Políticos*. ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Ecuador, 2011, p. 113.

¹⁶ Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*. FCE, México, 3ª edición, México, 2001, p. 228.

¹⁷ Cfr. Michel Foucault, *Defender la Sociedad*. *Op. cit.*, p. 223.

¹⁸ Cfr. Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el Testigo. Homo Sacer III*. Pre-Textos, 2ª edición, España, 2005, pp. 41-89.

¹⁹ Michel Foucault, *Defender la Sociedad*. *Op. cit.*, p. 224.

Es... en el mundo anglosajón donde se estructuró el contenido racista de la idea de raza para establecer paso a paso los lineamientos de un pensamiento racial que niega la unidad de la especie humana y la idea de un origen común entre los hombres (doctrina poligenista), como si, en el fondo, se tratase de preparar la dominación de una parte del género humano sobre el conjunto del planeta [...]

Es a partir de esos supuestos ideológicos, sumados a la idea de una dominación política y económica sobre unos pueblos técnicamente menos poderosos, que cobra forma la idea de selección [natural de la vida], incluso si la palabra misma no forma parte de las primeras ediciones de *El origen de las especies* publicado por Darwin en 1859.²⁰

De lo que se trata, como afirma Agamben, es de las cesuras que dividen al ámbito biopolítico entre *pueblo* y *población*, “es decir, en transformar un cuerpo esencialmente político en un cuerpo esencialmente biológico”.²¹ No solamente un cuerpo individual, sino uno comunitario, social, una población regulada, intervenida, determinada, controlada y producida por las propias determinaciones del poder, proceso que acompaña a la consolidación del Estado moderno y de la forma moderna de gobierno, la gubernamentalidad.²² Se trata, como se ha dicho anteriormente, de una geopolítica social, que incluso antecede a esa elaboración conceptual de principios de siglo XX.

Las cesuras biopolíticas son, pues, esencialmente móviles y aíslan en cada ocasión en el *continuum* de la vida una zona que está más allá de él y que lleva consigo un proceso de *Entwürdigung* [humillación] y de degradación cada vez más acentuado. De esta forma, el no ario se transmuta en judío, el judío en deportado (*umgesiedelt, ausgesiedelt*), el deportado en internado (*Häftling*), hasta que, en el campo, las cesuras biopolíticas alcanzan su límite último.²³

²⁰ Georges Bensoussan, *La Europa genocida. Op. cit.*, p. 153.

²¹ Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. Op. cit.*, p. 88.

²² Cfr. Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*. FCE, México, 2008, pp. 139-189.

²³ *Ídem*.

Lo que Agamben observa en la experiencia del *lager*, es en realidad el proceso histórico que atraviesa tanto por la colonización como por la experiencia de la guerra y la geopolítica social que conforma a la sociedad industrial decimonónica, al sistema mundial moderno, y su forma acabada de principios del siglo XX. No es una excepción, sino la regla, como lo planteara Benjamin.²⁴ Es aquí en donde el *evolucionismo* y el *eugenismo* adquieren forma acabada y se consolidan como base del pensamiento científico de la época.

En cuanto a este último, el tipo de racionalidad científica que se consolida para entonces se basa en la doble noción de: 1) una simetría entre pasado y futuro, y 2) el dualismo cartesiano.²⁵ En ese modelo, se globaliza y se totaliza el tipo de racionalidad que un siglo antes comienza a regir en las llamadas ciencias duras para abarcar la reflexión social. Las *disciplinas sociales* como *praxis* de la dinámica imperante, comienzan a *disciplinar a la sociedad*, en el campo extendido de la geopolítica social.

La nueva racionalidad adquiere, a su vez, un carácter totalitario, al plantearse como única y universal, y en ese campo abierto de exclusión, niega la validez y racionalidad de otras formas de pensamiento; no sólo de ellas, sino de los sujetos que las producen, las portan y se definen a partir de y con ellas. En ese campo de negación se incluyen propios y extraños; es decir, se definen las barreras con las humanidades y todo aquello que se le asemeja, así como el sentido común y la filosofía popular, que son igualmente negadas dentro de Europa y lo europeo tanto como aquellas producciones no pertenecientes a ese campo de definiciones, que son, por tanto, jerarquizadas, cuestionadas, invalidadas, combatidas y hasta aniquiladas junto con la propia *raza* a la que pertenecen.²⁶

III

Sobre estas bases (la tradición germana, la *Europa genocida* y el pensamiento científico) aparece, en 1897, la obra *Politische Geographie* de Friedrich Ratzel, considerada como el inicio de la Geografía política moderna. En ella se fusionan el evolucionismo, el

²⁴ Cfr. Walter Benjamin, *Tesis VIII*, "Tesis sobre la historia y otros fragmentos" [en línea], en *Bolívar Echeverría. Discurso crítico y filosofía de la cultura*, <http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/Benjamin.%20Tesis%20sobre%20la%20historia.pdf> [Consultado el 19 de diciembre de 2017]

²⁵ Cfr. Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. Siglo XXI, México, 2001, pp. 4-5.

²⁶ Cfr. Boaventura de Sousa Santos, *Una epistemología del Sur*. Siglo XXI, México, 2009, p. 21.

organicismo, la eugenesia, el racismo, el sexismo y el clasismo característicos del pensamiento eurocéntrico, y base de la primera geopolítica del siglo XX.

El Estado se presenta como el centro de la reflexión, un pensamiento que funde en sí el romanticismo nacionalista herderiano, el racionalismo hegeliano, el evolucionismo spenceriano, el biologicismo darwiniano y el racismo decimonónico en la imagen del determinismo geográfico, ambiental. El Estado se presenta como forma de organización máxima, como forma de propagación de vida plena sobre la tierra, conformada por seres humanos que, como colectividad, dan vida a este organismo mayor y racional. Para Ratzel “el Estado de los hombres es ciertamente un **organismo extremadamente imperfecto**: sus miembros, en efecto, conservan un grado de autonomía que no se encuentra en las plantas ni en los animales”. Por ello, el “**vínculo espiritual suple a la falta de cohesión material**”.²⁷

Pero la misma vinculación espiritual está forjada por lo material. En Ratzel se encuentra una dialéctica materialidad-espiritualidad que se manifiesta en el proceso histórico definido en su teoría del Estado. Las relaciones individuales y comunitarias con el suelo (el territorio) dotan al grupo social de beneficios económicos derivados del proceso de trabajo; la sedentarización y el dominio de la agricultura conducen al surgimiento de formas de organización socio-políticas y de control territorial que *evolucionan* de a poco hasta empatarse y complementarse con la organización socio-económica; esa necesidad material conlleva la formación de un *vínculo hombre-territorio* que se traduce en organización política.²⁸

La soberanía, en el pensamiento ratzeliano, es resultado tanto de las relaciones económicas de la sociedad como del uso comunitario del suelo, lo cual lleva a forjar un interés colectivo sobre el territorio, así como la necesidad de defensa a partir de la organización político-militar, tanto como la necesaria delimitación territorial. La verdadera soberanía sobre el suelo es entendida como un control político-económico territorial efectivo, que va más allá de la simple tenencia de la tierra. El vínculo espiritual, surge de este proceso.²⁹

²⁷ Friedrich Ratzel, *Géographie Politique*. Trad. Pierre Rusch, Economica, París, 1988, p. 944. [Traducción propia. Negritas en el original]

²⁸ *Cfr. Ibid.*, pp. 33-54.

²⁹ *Cfr. Ibid.*, p. 59.

Pero el mismo vínculo espiritual requiere actualizarse y, para Ratzel, no hay mejor forma de hacerlo que engrandeciendo su base material, es decir, el territorio mismo. La expansión territorial se presenta como una *necesidad* suprema del Estado y de su organización social. La demografía empuja constantemente hacia la expansión; el crecimiento poblacional es, así, un primer impulso hacia el expansionismo. Las fronteras, de esta forma, se consolidan en una *epidermis* con tendencia a crecer, a superarse a sí misma. “Se encuentra, en efecto, en la naturaleza de un cuerpo vivo atravesar esos límites **inorgánicos** que son las líneas de demarcación política”.³⁰

La *adquisición* de nuevo territorio se transforma en símbolo de vitalidad y en grado de civilización. El biologicismo no sólo se encuentra presente en la concepción organicista del Estado, sino también en la propia noción de civilización: la cultura se engrandece con la adquisición territorial, pero ésta se realiza a costa de los débiles, los inferiores, de las vidas que no merecen ser vividas. Al final de cuentas, “la adquisición de un nuevo territorio obliga a los pueblos a emprender nuevos trabajos, a entender su horizonte moral, ejerciendo sobre ellos una acción verdaderamente liberadora. He ahí lo que determina el renacimiento de los pueblos que, después de una guerra dichosa, se enriquecen de nuevos países, recompensa de su victoria”.³¹

La síntesis ratzeliana deriva en la producción de las primeras *leyes del expansionismo territorial*, bases de las elaboradas por Kjellén.³² Si este último forja el concepto es, no obstante, esa tradición decimonónica que eclosiona en el pensamiento ratzeliano lo que dotará su base, su sustento y su contenido a la geopolítica, como pensamiento y como *praxis* espacial. Sin embargo, ésta no se reduce a la forma cristalizada en la vertiente

³⁰ F. Ratzel, *Ibid.*, p. 152.

³¹ Friedrich Ratzel, “Le sol, la société et l’État” [en línea], *Revue l’année sociologique*, 1898-1899, p. 14, en Universidad Laval de Québec http://www.ugac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html [Consultado el 10 de diciembre de 2017].

³²“La extensión de los Estados aumenta con el desarrollo de su cultura; El crecimiento espacial de los Estados acompaña otras manifestaciones de su desarrollo: la ideología, la producción, la actividad comercial, la potencia de su capacidad de influencia y el esfuerzo de proselitismo; Los Estados se extienden *asimilando unidades políticas de menor rango*; La frontera es un órgano situado en la periferia del Estado. Por su emplazamiento materializa el crecimiento, la fuerza y los cambios territoriales del Estado; *En su expansión territorial, el Estado se esfuerza en absorber las regiones más importantes*: el litoral, las cuencas fluviales, las llanuras y, en general, los territorios más ricos; *El primer impulso para la extensión del territorio de un Estado proviene del exterior, de una civilización inferior a la suya; Esta general tendencia hacia la asimilación o la absorción de las naciones más débiles invita a multiplicar las apropiaciones, en un proceso que se autoalimenta.* (Joan Nogué y Joan Vicente Rufí, *Geopolítica, identidad y globalización. Op. cit.*, p. 36 [Énfasis añadido])

ratzeliana. Aunque es quizá la más sólida de su época, en realidad no será la única y, por causas del mismo proceso histórico, no puede decirse tampoco que la más importante.

IV

Sin abandonar el determinismo, incluso el biologicismo implícito, las corrientes anglosajonas del pensamiento geopolítico cobraron amplia relevancia también a inicios del siglo XX. Sin mencionar abiertamente el concepto, incluso en algunas ocasiones negándolo, la geopolítica adquiere una dimensión mucho más pragmática en su vertiente anglo-americana. Aún cuando han sido vistas como teorías –del poder marítimo, terrestre, del dominio del *heartland* y los *rimlands*– en realidad estas elaboraciones son todavía más orientadas a la práctica política que su contraparte germana, incluso si se toma en cuenta cómo la síntesis ratzeliana sirvió de base para la *Weltpolitik* de Wilhelm II y después para el pensamiento de Karl Haushofer y el nacionalsocialismo.³³

El autor más identificado con un pensamiento geopolítico en el Reino Unido es, sin duda, Halford Mackinder. A él se le atribuye la llamada *teoría del poder terrestre* que incluye el concepto de *heartland*. No obstante, más que teoría la conceptualización de Mackinder va orientada a una *praxis* de instrumentalización del espacio, en un contexto de profundas contradicciones y rivalidades estratégicas que requerían, desde la visión del geógrafo británico, un replanteamiento de la estrategia del Reino Unido.

Por ello, parte de la conceptualización de un periodo *post-colombino* caracterizado por la pérdida de importancia de la expansión marítima para centrarse en una estrategia para Eurasia, centro de grandes transformaciones y preocupaciones para la hegemonía británica, especialmente por la presencia, consolidación y expansión del imperio ruso. El andamiaje de la espacialidad estratégica británica, que sostenía al propio sistema hegemónico, dependía de tal reformulación de la *praxis* espacial.

³³ No dedicaré más atención al análisis del pensamiento de Haushofer, basta con plantear lo que comprendía como *Geopolitik*: “No por accidente se encuentra la palabra “Politik” precedida por ese pequeño prefijo “geo”. Este prefijo significa mucho y demanda mucho. Es el que relaciona a la política con el suelo. Libera a la política de las teorías áridas y frases insensibles que podrían atrapar a nuestros líderes políticos en inútiles utopías. Los regresa a tierra sólida. La Geopolitik demuestra la dependencia de todos los desarrollos políticos en la realidad permanente del suelo”. (K. Haushofer, “Why Geopolitik?”, en G. Ó’Tuathail, *et. al.* (coord.), *The Geopolitics Reader*. Routledge, Nueva York-Londres, 1997, p. 33 [traducción propia]). Por lo demás, el pensamiento de Haushofer se encuentra íntimamente ligado, por un lado, a la síntesis ratzeliana anteriormente mencionada y, por el otro, a la ideología nacionalsocialista tan bien estudiada y conocida.

Como ha apuntado Brewster,³⁴ la propia existencia del sistema marítimo que sostenía a la hegemonía de Reino Unido en escala mundial, dependía de negar la interconexión territorial de Eurasia. Hasta entonces, la efectividad de la conectividad marítima y su cuasi monopolización por la presencia británica, estaba dada por la falta de vinculación territorial en la masa euroasiática, con lo cual, las pretensiones rusas manifiestas en la construcción a gran escala de líneas férreas, representaba un primer reto a ser superado.

En segundo término, la *joya de la corona* –India– podía ver seriamente comprometida su seguridad y estabilidad, en caso de que el expansionismo ruso alcanzara territorios más hacia el sur. Por último, la inestabilidad otomana, la llamada *cuestión de oriente*, planteaba una preocupación estratégica para la *pax britannica*, al abrir la posibilidad de que los estrechos del Bósforo y los Dardanelos fueran apropiados por Rusia, obteniendo por fin la tan anhelada salida al Mediterráneo. En conclusión, todo el sistema hegemónico se veía seriamente comprometido por la ecuación euroasiática. De ahí que Mackinder afirmara:

Hace una generación, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado “corazón continental” de Eurasia...³⁵

Para añadir, más adelante:

Los espacios comprendidos entre el Imperio ruso y Mongolia son tan extensos, y son hasta tal punto incalculables sus potencialidades en cuanto a población, trigo, algodón, combustibles y metales, que es inevitable que ahí se desarrolle un gran mundo económico, más o menos aislado, que será inaccesible al comercio oceánico.³⁶

³⁴ Cfr. David Brewster, ““Silk Roads and String of Pearls: The Strategic Geography of China’s New Pathways in the Indian Ocean”, *Geopolitics*, Vol. 22, No. 2, 2017.

³⁵ Halford Mackinder, “El pivote geográfico de la historia”, *Geopolítica(s)*, Vol. 1, No. 2, 2010, p. 315.

³⁶ *Ibid.*, p. 316.

Como es posible observar, más que teoría se trata de *praxis*, una urgencia estratégica de instrumentalización (geo)política del espacio euroasiático en un momento de emergencia para la hegemonía británica. Esta geopolítica –que no se hace llamar tal– es más pragmática y, en ese sentido, abre la brecha para reflexionar la geoestrategia, es decir, la estrategia dirigida a la instrumentalización del espacio. Es determinista, el organicismo y el biologicismo están presentes, es abiertamente imperialista y también contiene una geopolítica social dirigida más a la regulación de la vida de los espacios que objetualiza y define como centro de su *reflexión*. No obstante, es una geopolítica cuya *pragma* (πραγμα) guía a la reflexión, que en ese sentido es más técnica e instrumental.

Esas características se encuentran todavía más presentes en la vertiente americana. El *americanismo* referido por Gramsci –esa hegemonía nacida en la fábrica y que requiere de pocos intermediarios políticos para realizarse–³⁷ se manifiesta en una racionalidad instrumental que en el ámbito de la geopolítica –también muchas veces negada como tal– entrecruza la razón de Estado con la razón de mercado, introduciendo una mercabilidad de un capitalismo radical³⁸ junto con imágenes, valores y creencias mesiánicas, religiosas, y por ello metapolíticas,³⁹ todas incluidas en un complejo concepto de seguridad.

De esta manera, el expansionismo territorial durante todo el siglo XIX responde a la necesidad de asegurar la reproducción del capitalismo radical estadounidense, junto con las formas de la sociedad racial, patriarcal, mesiánica, elitista y productivista que se hereda de la llamada etapa colonial. El *status quo* es el centro de la dinámica revolucionaria estadounidense.

Los autores más representativos del pensamiento geopolítico estadounidense son: Alfred T. Mahan, Nicholas Spykman y Zbigniew Brzezinski, aunque pueden citarse también Isaiah Bowman, Richard Hartshorne, Robert Strausz-Hupe, Margaret y Harold Sprout, Saul Bernard Cohen y Henry Kissinger. Todos ellos son pensadores más orientados

³⁷ Cfr. Antonio Gramsci, “Rationalization of the demographic composition of Europe”, en David Forgacs (edit.), *The Gramsci Reader. Selected Writings 1916-1935*. New York University Press, Nueva York, 2000, pp. 278-279.

³⁸ Cfr. Bolívar Echeverría, “La modernidad americana (claves para su comprensión)”, en B. Echeverría (comp.), *La americanización de la modernidad*. CISAN/Era, México, 2008, pp. 23-25.

³⁹ Cfr. José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximación al globalismo norteamericano*. UNAM/Gedisa, México, 2001, pp. 15-35.

hacia la geoestrategia que a la geopolítica (a pesar de que Bowman, Hartshorne y Strausz-Hupe sí debatieron el concepto como tal).⁴⁰

Por cuestiones de espacio, es imposible hacer una revisión puntual de cada uno de sus postulados. Por ello, solamente plantearé las grandes líneas que imprimieron a la geoestrategia estadounidense. Alfred Mahan, concebido como *autor de la teoría del poder marítimo*, en realidad planteó una geoestrategia marítima en el momento en donde el expansionismo territorial llegaba a sus límites y comenzaba el vínculo con la globalización económica-financiera. Su obra *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, publicada en el año de 1890, se encuentra imbuida de un determinismo geográfico y del pensamiento imperialista, clasista y racista decimonónico.

No obstante, su particularidad reside en el objetivo de “estimar el efecto del poder marítimo sobre el curso de la historia y la prosperidad de las naciones”,⁴¹ como el mismo Mahan afirmó. A partir de esa *estimación* el Almirante buscaba plantear una política naval de corte expansionista que posicionara a Estados Unidos en la competitiva y conflictiva etapa de rivalidades intercapitalistas e interimperialistas de finales del siglo XIX. La apropiación del proyecto del Canal de Panamá, la guerra hispano-americana y la consiguiente apropiación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, junto con la anexión de Hawaii, son elementos clave de esa geoestrategia.

El caso de Spykman es más notable aún, debido a la época en que escribe. En el contexto de la Segunda guerra mundial aparecen sus obras más representativas: *America's Strategy in World Politics* (1942) y *Geography of the Peace* (1944). Los supuestos principales de Spykman no difieren en gran medida de aquellos planteados por Mackinder, ni siquiera en el fundamento realista de ambas visiones. La instrumentalización geopolítica del espacio euroasiático aparece en Spykman como de central interés. Lo que difiere en demasía es *el cómo*. Si Mackinder plantea la noción de un *heartland* a ser dominado, es porque el propio imperio británico tiene acceso al mismo.

En el caso de Estados Unidos, éste se encuentra totalmente fuera del alcance de ese *heartland*, por lo que Spykman plantea la penetración euroasiática a partir de los llamados

⁴⁰ Aunque estos autores no serán abordados, puede verse una aproximación en Gearóid Ó'Tuathail, “The Critical Reading/Writing of Geopolitics: Re-Reading/Writing Wittfogel, Bowman and Lacoste”, *Progress in Human Geography*, Vol. 18, No. 3, 1994, pp. 313-332.

⁴¹ Alfred T. Mahan, *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*. Little Brown & Co., Boston, 1918, pp. v-vi. [Traducción propia]

rimlands, las *costas* y tierras emergidas circundantes de la gran masa euroasiática. Junto con su noción de un sistema de seguridad colectivo *ad hoc* que complemente la *política de poder*,⁴² el pensamiento *spykmaniano* pone especial énfasis en la penetración y el control territorial a partir de los puntos de acceso más proclives para la geoestrategia estadounidense: la *zona transatlántica* (la parte aliada de Europa), la *zona transpacífica* (la *defensa* a partir de la guerra con Japón) y el *Hemisferio occidental* (el aseguramiento de la defensa, el acercamiento político-ideológico y la movilización continental de recursos).⁴³

La geoestrategia de Spykman, junto con aquella elaborada desde los *think tanks*, el Departamento de Guerra y el Departamento de Estado,⁴⁴ sería la base no solamente para la estrategia de guerra, victoriosa en innumerables aspectos, sino también de la *praxis* espacial estadounidense durante la guerra fría. La influencia de su pensamiento es tal, que la geoestrategia para Eurasia planteada por Zbigniew Brzezinski, ex-asesor de seguridad nacional de la administración Carter y el autor más influyente en temas de geopolítica contemporánea en Estados Unidos, encuentra en la obra de Spykman una base sólida anterior.⁴⁵ Ésta, es uno de los pilares fundamentales de la geoestrategia actual de Estados Unidos.

Debates contemporáneos en geopolítica. Entre la crítica de la geopolítica y la geopolítica crítica

I

Posterior a la Segunda guerra mundial, el concepto *geopolítica* cae en un olvido inducido. La *Geopolitik* fue tachada de espantajo ideológico al servicio del nacionalsocialismo y de los fascismos en general, versión que no se encontraba muy alejada de la realidad. No obstante, el pensamiento geopolítico era reducido solamente a los postulados de la *Geopolitik* alemana, dejando de lado otras formulaciones (la anglo-americana entre ellas) que también se habían producido durante el mismo periodo. Aunque

⁴²Cfr. Nicholas Spykman, "Frontiers, Security and International Organization", *Geographical Review*, Vol. 32, No. 3, julio de 1942, pp. 442-444.

⁴³Cfr. Nicholas Spykman, *Estados Unidos frente al mundo*. Trad. Fernando Valera, FCE, México, 1944, pp. 92-428.

⁴⁴Cfr. Laurence H. Shoup y William Minter, *Imperial Brain Trust. The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy*. Monthly Review Press, Nueva York – Londres, 1977, pp. 117-140.

⁴⁵Cfr. Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós, Barcelona, 1998, pp. 45-63.

el abandono no impidió que el razonamiento geopolítico y geoestratégico se fortaleciera y floreciera como parte de la estrategia de confrontación durante la guerra fría.

Una de las corrientes relegadas por la estigmatización de la geopolítica es la de la *géopolitique* que encuentra su origen en la tradición forjada en la Geografía francesa por Vidal de la Blache, pero cuyo mayor desarrollo se tiene con Jacques Ancel. En su obra, *Géopolitique*, Ancel elabora una crítica muy temprana a Ratzel y los postulados deterministas, continuando y fortaleciendo una tradición conocida como *possibilismo*. En ésta, el medio no condiciona a la política y a la sociedad, sino que impone una serie de obstáculos que deben ser superados por ambas. Ancel planteaba una geopolítica muy distinta al pensamiento imperialista, determinista/biologicista, clasista y patriarcal que define a la Geografía política moderna y a la propia geopolítica de inicios del siglo XX.⁴⁶

La crítica a la *Geopolitik* derivó en la conformación de una geografía política que, en términos generales, se rebeló contra el uso político del conocimiento geográfico, tal y como había sido planteado en el siglo XVIII por la geografía pura. No obstante, esta vez no tenía que ver con un proyecto burgués de consolidación del Estado moderno, sino con la desactivación, por una parte, de las *praxis* y las ideologías vencidas y, por la otra, de toda politicidad en el pensamiento geográfico.

Es hasta la década de 1970 que comienza a retomarse, por lo menos desde el ámbito académico,⁴⁷ el estudio sobre la geopolítica. La guerra de Vietnam, los movimientos pacifistas y los conflictos intra-bloque, más el contexto de la crisis de sobreacumulación, son los factores que reviven una consciencia en torno a la geopolítica como reflexión sobre la realidad. Quizá es *La géographie ça sert d'abord à faire la guerre* de Yves Lacoste la obra que marca ese punto de retorno del debate geopolítico, pero esta vez desde una crítica a la geopolítica *clásica*, sobre todo aquella que servía de base para la formulación de la geoestrategia de guerra fría.

La crítica de Lacoste es hacia la incompreensión de una cesura existente en la propia geografía, entre dos geografías: 1) la *antigua*, ese saber y conjunto de conocimientos relativos al espacio que es útil a los *estados mayores*, a las minorías que lo perciben como conocimiento estratégico; y 2) la de los profesores, de origen decimonónico y que, en

⁴⁶Cfr. Jacques Ancel, *Géopolitique*. Delagrave, París, 1936, 120 pp.

⁴⁷ En el ámbito de la práctica, la geopolítica siempre estuvo presente, como lo demuestra la propia dinámica de guerra fría.

palabras del propio Lacoste, “se ha desplegado como discurso pedagógico de tipo enciclopédico, como discurso científico, enumeración de elementos más o menos unidos entre sí por diferentes tipos de razonamientos dotados todos ellos de un punto común: *ocultar su utilidad práctica en la dirección de la guerra o en la organización del Estado*”.⁴⁸

Al ser una “pantalla de humo que permite disimular a los ojos de todos la eficacia de las estrategias políticas y militares así como de las estrategias económicas y sociales”,⁴⁹ la *geografía de los profesores* sería parte de ese andamiaje de una racionalidad instrumental. En suma, para el geógrafo francés la geografía, tal y como se encontraba configurada, era de nula utilidad para la comprensión de la dinámica de la realidad.

El abandono del pensamiento geopolítico, por *ideológico, imperialista, racista, fascista* y demás, había servido de justificación para plantear una enseñanza estéril, monográfica y enciclopédica, que no cumplía con las necesidades de la sociedad, mucho menos para la comprensión de las dinámicas del poder.

Para Lacoste y el grupo de la revista *Hérodote* que dirige, la geopolítica se entiende como “todo aquello que concierne a las rivalidades de poder sobre o por territorios, rivalidades por el control o la dominación de éstos, ya sean territorios de gran o pequeña extensión, rivalidades entre poderes políticos de cualquier naturaleza y no solamente entre Estados, sino también entre etnias, movimientos políticos o religiosos”.⁵⁰ Es decir, se basa en la noción de una geografía del conflicto, en donde una situación geopolítica estaría definida por: 1) un momento con un antecedente histórico; 2) rivalidades de más o menos gran envergadura entre actores (Estados y otros distintos a éstos) en un mismo territorio; y 3) vínculos entre las fuerzas que se encuentran en un mismo territorio. Por lo tanto, el enfoque *lacostiano* es multi-escalar y se aleja del privilegio de la escala inter-estatal de la primera geopolítica, reivindicando la propia tradición geográfica francesa.

Para esta escuela de análisis geopolítico, la objetividad juega un papel central. Para Lacoste, el saber geográfico debe ser un saber científico, eso sí, no en el sentido de apuntalar el poder existente, sino en el sentido de buscar la liberación social. Ese saber científico, metódico, para “pensar el espacio y organizarse en él”, pasa por la identificación

⁴⁸ Yves Lacoste, *La geografía: un arma para la guerra*. Anagrama, Barcelona, 1976, p. 18. [Énfasis añadido]

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 19.

⁵⁰ Yves Lacoste, “Las etapas de la geopolítica”, en Leopoldo González Aguayo (coord.), *Los principales autores de las escuelas de la geopolítica en el mundo*. UNAM/Gernika, México, 2011, p. 11.

de algunos elementos esenciales para la comprensión de la dinámica de los conflictos territoriales. Aquí, la *géopolitique* se transforma en método de análisis geopolítico.

La identificación de las representaciones en conflicto es el primer paso. La representación en su doble acepción: como imágenes y diseños sociales en su forma concreta, y como *dramatización*, el momento en que cada actor representa su propia conflictividad frente al otro u otros. Conocer las representaciones implica comprender las estrategias territoriales, el cómo se confrontan los actores, así como los porqués del conflicto. La objetividad está dada en la medida en que se presenten y entiendan en el análisis las representaciones de cada uno de los actores, en la medida en que se abarquen las estrategias en pugna sin discriminación de alguna. Como ha expresado Bárbara Loyer:

Es fundamental poner en perspectiva las representaciones contradictorias que enfrentan a los ciudadanos entre sí. *La posición del investigador no es la de anunciar lo que es verdadero o es justo, sino la de comprender la distancia entre las representaciones contradictorias, las realidades de los territorios que pueden conducir a establecer alianzas, actitudes conciliadoras o, muy por el contrario, a actitudes conflictivas.*⁵¹

De esta manera, la *géopolitique lacostiana*, de buscar el retorno de la política para “otra geografía”, culmina en plantear un esquema científicista basado en la objetividad y la neutralidad analítica. Así, la geografía y la geopolítica de Lacoste continúa contemplando al mundo y olvida que su labor es transformarlo. En este sentido, rescato la crítica de Ó’Tuathail al respecto:

...Lacoste tiene una comprensión objetivista de la realidad. La “realidad” es considerada como una entidad compleja pero indescifrable, susceptible de ser capturada e independiente de la significación. Con cuidado y documentación exhaustiva el geógrafo puede ver al mundo tal y como es, puede narrar la

⁵¹ Bárbara Loyer, “Geopolítica y representaciones: el caso de los nacionalismos regionales”, en Leopoldo González Aguayo, *Op. cit.*, p. 122.

verdad de las cosas y puede efectivamente representar el modo en que las cosas son, objetivamente.

...a pesar del avance significativo de reconocer a la geografía, primero, como discurso social y, segundo, como discurso atado a sistemas de poder, el trabajo de Lacoste podría decirse que termina cayendo dentro de la misma infraestructura ideológica que deseaba desafiar. La Geografía, para Lacoste, claramente puede alcanzar una objetividad y una cientificidad. Puede lograr el sueño de la geopolítica, ese de la encuesta panóptica y la adivinación. Al no desafiar la posibilidad de conocer objetivamente y observar panópticamente el mundo, Lacoste deja intacta la infraestructura epistemológica de la geopolítica.⁵²

Esta crítica, construida desde una tradición anglosajona de corte post-estructuralista, es en sí misma objeto de una crítica profunda.

II

Las décadas de 1970 y, sobre todo, de 1980, producen en el mundo anglo-americano una crítica hacia la geopolítica tradicional. Ante el resurgir del concepto con personajes tan influyentes para la política estadounidense como Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, y ante el retorno y la popularización del concepto en los medios de comunicación, en el ámbito académico comienza a gestarse una corriente autodenominada de “geopolítica crítica”. En principio, su labor es realizar esa crítica profunda a la geopolítica orientada a la práctica política dominante, es decir, a la geopolítica que continúa la larga tradición de *consejos al príncipe*.

Ó'Tuathail la identifica más como un “enfoque” que como un “sistema teórico”, con tres dimensiones: 1) “busca la deconstrucción de la tradición del pensamiento geopolítico tal y como ha sido representado en varias historias intelectuales dentro de la disciplina de Geografía”. Se proclama como una “historiografía revisionista” que emplea métodos post-estructuralistas para *deconstruir* los discursos dominantes de la tradición decimonónica en

⁵² Gearóid Ó'Tuathail, “The Critical Reading/Writing of Geopolitics: Re-Reading/Writing Wittfogel, Bowman and Lacoste”, *cit.*, p. 330. [Traducción propia]

geopolítica; 2) “busca involucrarse con la práctica real del arte de gobernar”, al plantear la vinculación entre la elaboración de los discursos geopolíticos con las relaciones de poder en cada época; y 3) “busca desplazar nuestras comprensiones convencionales sobre lo geográfico en la política global”.⁵³

Adherida a las corrientes post-estructuralistas que cobran fuerza desde finales de los setenta, la “geopolítica crítica” planteó la necesaria reformulación de la geopolítica pero desde la mirada de la deconstrucción de las grandes metanarrativas que configuraban la comprensión y la *praxis* social. Como buena corriente *post*, se basa en la creencia sobre la preeminencia de la acción comunicativa, el lenguaje, los discursos y las vinculaciones que todo ello tiene con el poder. El punto de partida de la “crítica” que plantea, por lo tanto, es el *desenmascaramiento* de los discursos dominantes.

La “geopolítica crítica” entiende a la Geografía como “poder”, “no como producto de la naturaleza, sino como producto de historias de luchas entre autoridades en competencia sobre el poder para organizar, ocupar y administrar el espacio”.⁵⁴ En ese sentido, geografía sería igual a “geo-poder”, que en la conceptualización decimonónica adquiriría progresivamente, sobre todo en la tradición ratzeliana que llega hasta Kjellén, el nombre de geopolítica.

Para esta corriente, la geopolítica, especial pero no exclusivamente la vinculada con la *Geopolitik*, refiere a una “geografía fija y objetiva que constriñe las actividades de los Estados”.⁵⁵ No obstante, la “geopolítica crítica” reniega de una conceptualización dada de la geopolítica. Al ser geo-poder, la geopolítica no estaría definida por una sola comprensión o un único evento, sino que debería ser problematizada histórica y contextualmente. No sería de contenido estable, sino variable en el tiempo-espacio. La “geopolítica crítica” partiría precisamente de esa “crítica” hacia la comprensión de un contenido dado y objetivo. Como discurso geográfico/espacial/social, la geopolítica modificaría sus contenidos a lo largo del tiempo y en los distintos espacios, pero siempre estaría al servicio del poder.⁵⁶

⁵³*Ibid.*, pp. 313-314.

⁵⁴ Gearóid Ó’Tuathail, *Critical Geopolitics. The Politics of Writing Global Space*. Routledge, Londres, 1996, p. 1. [Traducción propia]

⁵⁵ John Agnew y Stuart Corbridge, *Mastering Space. Hegemony, Territory and International Political Economy*. Routledge, Nueva York-Londres, 1995, p. 3.

⁵⁶ Cfr. Gearóid Ó’Tuathail, *Critical Geopolitics. Op. cit.*, pp. 13-14.

La geopolítica, por lo tanto, sería aquello “que articula las representaciones y prácticas geográficas que producen los espacios de la política mundial”, una “forma en sí de geografía y de política, que tiene una con-textualidad, y que se encuentra contenida en la reproducción social en curso, del poder y de la economía política”.⁵⁷ Además, “como política geográfica que encuadra todas las prácticas de la política exterior, la geopolítica no es una escuela específica sobre el arte de gobernar, sino más bien puede ser mejor comprendida como las prácticas espaciales, tanto materiales como representacionales, del arte de gobernar en sí”.⁵⁸

La geopolítica, desde la visión de la “geopolítica crítica”, ha sido empleada en tres sentidos: 1) *de forma descriptiva*, destinada únicamente a *narrar* los procesos y dinámicas que ocurren en una cierta región con un fuerte sentido monográfico; 2) *en forma de consejos al príncipe*, brindando la guía para la política y las acciones que un Estado debía aplicar en un determinado momento histórico; y 3) *como una gran estrategia*, colocando a los Estados y regiones dentro de categorizaciones y generalizaciones, dejando de lado las dinámicas que ocurren dentro y alrededor de ellos y menospreciando el hecho de que existen casos particulares que no se inscriben dentro de los universalismos teóricos.⁵⁹ Los postulados principales de la “geopolítica crítica” han sido resumidos por Ó’Tuathail y Dalby como:

- 1) “La geopolítica es un fenómeno cultural mucho más amplio y profundo de lo que es aceptado por las élites de estrategas y dirigentes. En este sentido, la *geopolítica crítica* se enfoca en el análisis de las *imaginaciones geopolíticas* que determinan, guían y motivan las elaboraciones estratégicas y las acciones de los Estados y los estadistas, a través del descubrimiento de sus representaciones, mitos fundacionales y sus *tradiciones nacionales excepcionales*;
- 2) La *geopolítica crítica* presta atención a la insalvable pluralidad del espacio y a la multiplicidad de posibles construcciones políticas del espacio. Es por ello que pone especial cuidado en el análisis de la práctica cotidiana del *dibujamiento de*

⁵⁷ Gearóid Ó’Tuathail y Simon Dalby, “Introduction: Rethinking Geopolitics. Towards a Critical Geopolitics”, en G. Ó’Tuathail y S. Dalby (edit.), *Rethinking Geopolitics*. Routledge, Londres y Nueva York, 1998, p. 2.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 3.

⁵⁹ Cfr. Gearóid Ó’Tuathail, “Problematizing Geopolitics: Survey, Statesmanship and Strategy”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 19, No. 3, 1994, pp. 262-263.

fronteras como forma institucionalizada en las relaciones entre estados. Éstas no son naturales, sino producto de relaciones históricas de poder y no sólo se trazan para delimitar lo propio de lo ajeno y lo interno de lo externo, sino también lo cultural, o lo políticamente motivado e incluso a los propios elementos internos.

3) La *geopolítica crítica* no considera una *singularidad* de la geopolítica sino una *pluralidad*. Es decir, que sin negar la práctica de las elaboraciones geopolíticas por parte de los estadistas y de los estados, considera que al ser la geopolítica una forma cultural y social mucho más amplia y extendida, también existen múltiples prácticas, representaciones, interpretaciones y entendimientos geopolíticos que se dan en el nivel de las élites dirigentes, pero también en el ámbito *popular*, el de la sociedad. Así, cree en la existencia tanto de elaboraciones geopolíticas, como *imaginaciones y representaciones geopolíticas*, que se ubican en dos ámbitos: la *geopolítica formal* y la *geopolítica popular*.

4) La *geopolítica crítica* considera que la práctica de estudiar y analizar a la geopolítica, y a los temas de geopolítica, jamás será neutra. Basada en la tradición de la *Teoría crítica*, niega la neutralidad de la ciencia, y fundamentada en el posestructuralismo, niega la objetividad de la misma. “La geopolítica y los geopolíticos deben ser entendidos dentro del contexto de la larga tradición de la literatura del “consejo al príncipe”... Los intelectuales... no son librepensadores sino pensadores empotrados dentro de ciertas estructuras institucionales y ciertas redes de poder... debemos considerar no solamente a los intelectuales sino a las instituciones y redes sociales que les han permitido convertirse en intelectuales y ‘expertos en geopolítica’; y

5) La *geopolítica crítica*, al reconocer la parcialidad de las teorizaciones geopolíticas, busca inscribir sus análisis sobre la literatura geopolítica y teorizar sobre ella en una perspectiva más amplia con base en las circunstancias socio–espaciales y tecno–territoriales que les dieron vida. Al estar vinculada a la *solución de problemas* específicos, cada teorización se dio en un contexto también específico. Así, se busca profundizar en la historicidad de cada una.⁶⁰

⁶⁰Cfr. Gearóid Ó’Tuathail y Simon Dalby, “Introduction”, *Op. cit.*, pp. 3-6.

Sobre estas bases y postulados, la “geopolítica crítica” se consolidó como una corriente amplia e influyente que planteó la deconstrucción de los discursos e *imaginaciones geopolíticas* dominantes, al tiempo que pugnó por la reivindicación de nuevos discursos geopolíticos: ambientalistas, identitarios, anti-belicistas y, por último, aquellos que denominó como *anti-geopolítica*.

Según Routledge, la *anti-geopolítica* se define como “una fuerza ética, política y cultural, dentro de la sociedad civil... que desafía la noción de que el interés de la clase política estatal es idéntico a los intereses de la comunidad. La anti-geopolítica representa una afirmación de independencia permanente frente al Estado, independientemente de *quien esté en el poder*”, articulando dos formas de lucha contra-hegemónica: 1) “desafiando el poder geopolítico material de los Estados y las instituciones globales” y 2) “desafiando las *representaciones* impuestas por las élites políticas alrededor del mundo”.⁶¹

Si bien es interesante el enfoque en general y los postulados que plantea, así como la propia formulación de una *anti-geopolítica*, su adscripción posmoderna (post-estructuralista) y su fijación en el ámbito del discurso y las narrativas, así como su rechazo abierto a la crítica a la reproducción material y su “olvido” de la crítica amplia a la sociedad capitalista contemporánea, hacen de la “geopolítica crítica” un intento estéril de deconstrucción de la geopolítica dominante. Como ha planteado Colás, “la concepción, producción y organización del espacio no es simplemente una “práctica discursiva” ideada por “intelectuales estatales” (aún con la importancia que ello tiene)”.⁶² La crítica, en este sentido, no puede construirse solamente sobre bases discursivas ni dirigirse a los discursos producidos, sino a la reproducción dominante del todo social/espacial.

III

Para el marxismo, así en general, la geopolítica representó siempre un reto e incluso una aberración. El punto original y principal de debate se centraba en una doble controversia: 1) se trataba de un pensamiento heredero de la tradición burguesa, con fuertes tintes imperialistas, clasistas, biologicistas y autoritarios; y 2) planteaba un determinismo

⁶¹ Paul Routledge, “Anti-geopolitics”, en G. Ó’Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (edit.), *The Geopolitics Reader*. Routledge, Londres, Nueva York, 1998, p. 245.

⁶² Alejandro Colás, “Marxism and Geopolitics” [en línea], *University of Sussex*, <https://www.sussex.ac.uk/webteam/gateway/file.php?name=marxism-and-geopolitics-sussex&site=12> [Consultado el 2 de diciembre de 2017]

abiertamente incompatible con las tradiciones y concepciones sobre la naturaleza, el espacio y la relación de la sociedad con ambos, que se han sostenido, no sin profundos debates y desencuentros, en el pensamiento marxista.

Como afirma Teschke, las “premisas epistemológicas del materialismo histórico, tal y como fueron articuladas por Marx y Engels, se mantienen en muchas formas opuestas a los factores causales que la tradición geopolítica prioriza para la comprensión integral de las dimensiones políticas y geopolíticas de la reproducción social total”.⁶³ Si bien es cierto que la tradición marxista ha privilegiado en la reflexión a la dimensión temporal y no tanto a la espacial, las nociones que se encuentran desde muy temprano en el pensamiento marxista en torno al espacio (y a la naturaleza) son totalmente opuestas al determinismo geográfico que plantea que es el medio el que *condiciona* a la política y el que urge la adaptación de la sociedad. En *La ideología alemana* puede leerse:

La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza...

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir de que empieza a *producir* sus medios de vida, paso este condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material.⁶⁴

Producir su vida material, la del ser humano, es ya una diferencia abismal con respecto a una vida *condicionada* por *lo Otro*, lo natural. Al producirse se produce también a *lo Otro*, si se atiende la noción dialéctica de la propia producción.⁶⁵ Desde esta perspectiva, el ser humano se diferencia de otros seres a partir de la capacidad de *producir* sus condiciones materiales de vida, sus medios de vida, su vida material, pero también su conciencia a

⁶³ Benno Teschke, “Geopolitics”, *cit.*

⁶⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*. Akal, Madrid, 2014, p. 16.

⁶⁵ Cfr. Neil Smith, *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*. Georgia University Press, Estados Unidos, 2008, pp. 49-91.

partir de ello. Cuando Marx se refiere al *fetichismo de la mercancía* afirma que “el hombre, a través de su actividad, altera la forma de las materias naturales de un modo que le resulta útil”,⁶⁶ por tanto, produce su relación con *lo natural* y altera a *lo natural*, otorgándole un valor de uso para su propia reproducción humana.

Al final, la necesidad de producir su vida material, que genera otras necesidades para las cuales habrá que producir nuevos medios de vida, y al procrear más vida, se generan lazos tanto con *lo Otro* como con los otros, en forma de prácticas materiales pero también en forma de conciencia.⁶⁷ En términos generales, desde esta perspectiva materialista-histórica y dialéctica, la relación humanidad-naturaleza “ha consistido siempre en la industria, siendo de uno u otro modo según el mayor o menor desarrollo de la industria en cada época, lo mismo que la «lucha» del hombre con la naturaleza, hasta el desarrollo de sus fuerzas productivas sobre la base correspondiente”.⁶⁸

Con esta concepción, el pensamiento de Marx y Engels no podría estar más alejado y más en desacuerdo con el determinismo geográfico reivindicado por la geografía pura burguesa y por la Geografía política moderna que deriva en geopolítica. La propia *Geopolitik* se encuentra basada en muchos elementos de esa *ideología alemana* que ambos autores critican. De ahí que, en principio, no exista posibilidad de compaginar marxismo y geopolítica.

No obstante, a principios del siglo XX, en pleno auge de la *Geopolitik*, cierto pensamiento marxista observa en ésta una especie de *materialismo geográfico*. En tal concepción, el pensamiento de Ratzel representaría un *acercamiento* con la reflexión de Marx al plantear la relación suelo-sociedad y al hacer de ésta una explicación de lo social sobre la base material de reproducción explicitada por el pensamiento ratzeliano en su teorización, antes observada.

La reflexión sobre “la naturaleza” que se da en el pensamiento marxista en el contexto de la década de los veinte del siglo pasado, sobre todo, pero no exclusivamente, en la Alemania de Weimar, es la que, en ciertos aspectos y desde ciertas visiones, reivindicará dicho *materialismo geográfico*. También es relevante resaltar que la tradición darwiniana que en cierto sentido impacta en la teorización de Marx, resulta mucho más determinante

⁶⁶ Karl Marx, *El fetichismo de la mercancía (y su secreto)*. Pepitas de Calabaza, Madrid, 2014, p. 33.

⁶⁷ K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*. *Op. cit.*, pp. 22-42.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 36.

para otros marxismos de *fin-de-siècle*. En Kautsky,⁶⁹ Plekhanov, Cunow y otros, la concepción de naturaleza, aunque emparentada con Marx, en realidad se relaciona más con este *materialismo geográfico*. Como afirma Mark Bassin:

...a pesar de las afirmaciones del potencial desarrollo de la sociedad humana y su posición cada vez más dominante *vis-à-vis* el mundo natural, los Marxistas que estamos considerando demostrativamente no insistieron hasta el punto de llegar a su conclusión lógica, al proclamar que la humanidad algún día se liberaría por completo de las restricciones de la necesidad natural o, alternativamente, que eventualmente lograría someter a esta última plenamente a su voluntad consciente.⁷⁰

En la década de los veinte también, autores como Lukács y Korsch, en abierta contraposición con esa concepción de la preeminencia de *lo Otro*, formulan una visión historicista que termina con una formulación sobre “la humanidad como un absoluto *Selbstzweck*, o fin en sí mismo”, identificado como “la precondition de toda la cultura humana, para la cual el mundo natural no-humano puede ser visto sólo como un adjunto, y la autonomía de este último es negada al pronunciarlo como un fenómeno que fue socialmente constituido”.⁷¹

En un intento de respuesta ante ambas posturas antitéticas, Karl Wittfogel debatirá la concepción de naturaleza y también el determinismo geográfico de la *Geopolitik*. Para 1929, Wittfogel afirma que la geopolítica “representa un complemento ideológico orgánico

⁶⁹ Al respecto de Kautsky y su concepción de la naturaleza, Alfred Schmidt afirma: “Al dar carácter absoluto a la unidad de la historia del desarrollo humano y prehumano, Kautsky llega al punto de vista de “que la historia de la humanidad sólo constituye un caso especial de la historia de los seres vivos, con leyes peculiares, que sin embargo están en vinculación con las leyes universales de la naturaleza viva”. Pero son justamente estas “leyes peculiares” de la sociedad las que en Kautsky no se toman en consideración. Mientras para Marx la historia del desarrollo cósmico y biológico sólo constituye el “fundamento científico-natural” de su concepción de la historia, pero su principal terreno de aplicación es la historia de la sociedad, Kautsky invierte esa relación. La historia humana es un apéndice de la historia natural...”. (Alfred Schmidt, *El concepto de naturaleza en Marx*. Siglo XXI, España, segunda edición, 1977, p. 43)

⁷⁰ Mark Bassin, “Nature, Geopolitics and Marxism: Ecological Contestations in Weimar Germany”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 21, No. 2, 1996, p. 320.

⁷¹ *Ibidem*, p. 325.

de la práctica burguesa-democrática”⁷² en la República de Weimar. Considera, de esta forma, que la geopolítica no es más que el retroceso de la Geografía hacia los viejos métodos materialistas (deterministas) de los siglos XVIII y XIX. “Este método, de acuerdo con Wittfogel, postula que los factores geográficos, cualquiera que sea su carácter (clima, suelo, localización, terreno físico, incluso raza), directamente influyen la vida política. El problema esencial con este método... es que distorsiona la verdadera realidad en la que los factores geográficos no influyen directamente sino que más bien median entre la esfera política y la vida de las sociedades humanas”.⁷³ Con ello, Wittfogel distanciaba al pensamiento marxista (materialista-histórico) de la *Geopolitik*.

Los factores geográficos, cualquiera que sea su carácter, influyen a la esfera política de la vida no directamente sino más bien de manera mediada. Es a través del proceso de producción, que ‘los elementos primarios y naturalmente dados’ tienen su significación. E incluso en este caso, sus influencias no son directas. El orden social que desarrolla el carácter particular del proceso de producción respectivo es el segundo vínculo intermediario, a través del cual las influencias del ámbito natural primero ejercen un efecto sobre el carácter y la evolución de la vida política.⁷⁴

No obstante, como se desprende de la crítica de Bassin, el pensamiento de Wittfogel no se desliga del todo ni construye su crítica total a la *Geopolitik* de Haushofer debido a que mutuamente se reconocen una fortaleza: la fijación en las determinaciones económicas en la política aplicada al espacio geográfico, forjando una “visión económica de la historia”, reduciendo, en este caso, el materialismo histórico a un vulgar economicismo.⁷⁵ Como afirma Schmidt:

La economía no es... para Marx un principio explicativo metafísico, como tampoco lo es el proletariado... Lo “materialista” de la teoría marxista no

⁷² Karl Wittfogel, citado en G. Ó’Tuathail, “The Critical Reading/Writing of Geopolitics: Re-Reading/Writing Wittfogel, Bowman and Lacoste”, *cit.*, pp. 114-115.

⁷³ G. Ó’Tuathail, *ídem*.

⁷⁴ Karl Wittfogel, citado en Mark Bassin, “Nature, Geopolitics and Marxism”, *cit.*, p. 329.

⁷⁵ Cfr. Mark Bassin, *Ibidem.*, p. 331.

consiste justamente en el reconocimiento de un abominable primado de la economía, de esa abstracción hostil al hombre cuya acción se consume por obra de la realidad. La teoría marxista se propone más bien orientar finalmente la mirada de los hombres hacia la lógica particular fantasmal de sus relaciones...⁷⁶

Y será el mismo Schmidt quien reavive el debate sobre la naturaleza en el pensamiento marxista, más allá de las discusiones que en la época de Weimar se tuvieron (encasilladas en los propios debates de la Segunda Internacional), proponiendo una especie de rescate de la concepción de naturaleza en Marx, misma que se relaciona con la *praxis* humana, pero también con la totalidad. No es extra-social, ni a-social, por lo tanto tampoco objetivista ni esencialista. Schmidt explica:

El concepto de naturaleza como realidad en conjunto no remata, sin embargo, en una “concepción del mundo” concluyente o en una metafísica dogmática, sino que circunscribe únicamente el horizonte mental en que se mueve el nuevo materialismo, que según dice Engels consiste en explicar el mundo a partir de él mismo. Este concepto de naturaleza es bastante “dogmático” como para excluir de la construcción teórica todo lo que Marx denomina misticismo o ideología; es al mismo tiempo suficientemente no dogmático y amplio como para evitar que la naturaleza se consagre como entidad metafísica o se consolide como un principio ontológico último.⁷⁷

El concepto de naturaleza rescatado por Schmidt también rescata la *praxis* como central. Al mismo tiempo, exalta la unidad de método y de concepción entre “la historia de la sociedad” y “la historia natural”. En relación con lo primero, Schmidt resalta que “el mundo material abarca tanto al sujeto como al objeto, pero subsiste esencialmente el hecho de que desde el punto de vista histórico, frente a [esta unidad]... se afirma su carácter irreconciliable, es decir... la necesidad del trabajo”.⁷⁸ De esta manera, se conforma una vinculación orgánica en la que la humanidad no es separable de la naturaleza ni ésta de la

⁷⁶ Alfred Schmidt, *El concepto de naturaleza en Marx. Op. cit.*, p. 37.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 25.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 26.

primera, incluyendo todas las producciones sociales. Con respecto a la unidad de la concepción de la historia, contrario a la tradición burguesa, se plantea el problema de la siguiente forma:

El problema de la relación entre historia natural e historia humana tiene también para Marx un aspecto referido a la crítica de la ideología. De hecho ha sido hasta hoy un elemento permanente de la justificación del poderío constituido al falsear hechos condicionados histórica y socialmente, como guerras, persecuciones y crisis, transformándolos [sic] en hechos naturales inevitables.⁷⁹

IV

Si el debate sobre el concepto de naturaleza en Marx y en el marxismo lleva por los senderos de las “coincidencias” y los “alejamientos” con el materialismo geográfico, será la propuesta de discusión sobre el espacio (social), lo que definitivamente definirá otra perspectiva, que si bien desde quien la propone no se relaciona con la geopolítica, sí podríamos pensarla en la esfera de una geopolítica verdaderamente crítica, no en su sentido posmoderno. Partir de la *praxis* creadora y del concepto de producción es un buen comienzo para comprenderle. En este sentido, y como afirma Sánchez Vázquez:

*La producción es creación de un mundo objetivo, pero sólo el hombre puede darse a sí mismo el estímulo de la producción, en forma de necesidades que van creándose en un proceso sin fin. Y en la medida en que el hombre crea sus propias necesidades se crea o produce a sí mismo.*⁸⁰

Inmerso en sus discusiones en torno al pensamiento marxista, la necesidad de restituir al sujeto en la teoría social y la crítica de las formas de vida predominantes (incluyendo la vida cotidiana), Henri Lefebvre planteó, como una de las bases de su propia reflexión y de su propuesta teórica, la teoría sobre la producción del espacio. El concepto de producción, por lo tanto, se vuelve central. Alejándolo de la *producción* hegeliana, donde la “Idea

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 44.

⁸⁰ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*. Siglo XXI, México, 2003, p. 150. [Énfasis añadido]

(absoluta) produce el mundo; después, la naturaleza produce el ser humano, el cual, a su vez, produce mediante sus luchas y su trabajo, simultáneamente, la historia, el conocimiento y la conciencia de sí”⁸¹ –es decir, *el Espíritu*–, Lefebvre rescatará el problemático concepto de “producción” de Marx y Engels, reducido en el pensamiento dogmático únicamente a su aspecto material.

En el pensamiento de Marx y Engels, el concepto de «producción» no abandona esa ambigüedad [hegeliana] que conforma de hecho su riqueza. Posee dos acepciones, una amplia y otra restringida y precisa. En la acepción amplia, los hombres, en tanto que seres sociales, *producen* su vida, su historia, su conciencia, su mundo. Nada hay en la historia de la sociedad que no sea adquirido y producido. La misma «naturaleza», tal como es aprehendida en la vida social por los órganos sensoriales, ha sido modificada, esto es, producida... La producción, en sentido lato, comprende pues una multiplicidad de obras y formas diversas, incluso si esas formas no portan la marca de los productores y del proceso de producción...⁸²

Mientras, el sentido “restringido y preciso” del concepto de producción se circunscribe a la producción de “cosas”, de “productos”, en lo que ya se observa cercano a la comprensión clásica que desde la economía se extrapola hacia otras esferas. La comprensión sobre la producción del espacio, por lo tanto, se traslada desde el sentido restringido que imperaba en la época en que Lefebvre escribe (y aún tiene) para situarse en esa dimensión más amplia, pero también más característica de las primeras concepciones del pensamiento marxista. Con ello se pasa “de la producción en el espacio a la producción del espacio”.⁸³

Las fuerzas productivas y su desarrollo histórico no sólo moldean a y se moldean con el propio desarrollo de las sociedades, sino que además producen el espacio social. En la concepción *lefebvrina*, éste deja de ser inerte, vacío, extraño y ajeno a la sociedad. El

⁸¹ Henri Lefebvre, *La producción del espacio*. Capitán Swing, Madrid, 2013, p. 125.

⁸² *Ídem*.

⁸³ Henri Lefebvre, “La producción del espacio”, *Revista de Sociología*, No. 3, Universitat Autònoma de Barcelona, 1974, p. 219.

modo de producción imperante también produce la espacialidad social. Para Lefebvre el espacio es relación social, vinculado tanto con la propiedad y las relaciones de clase que permiten a ésta su existencia, como con las fuerzas productivas imperantes. “El espacio es permeado con relaciones sociales; no sólo es sostenido por las relaciones sociales, sino que también es producto y productor de relaciones sociales.”⁸⁴

Cada sociedad, afirma Lefebvre, “nace dentro del marco de un modo de producción dado, con las peculiaridades inherentes a este marco moldeando su espacio. La práctica espacial define su espacio, lo constituye y lo presupone en una interacción dialéctica”.⁸⁵ Las prácticas espaciales dominantes, por lo tanto, las que se relacionan con el modo de producción y con la configuración histórico-concreta de lo social, con la hegemonía imperante, son las que producen el espacio dominante, el que articula y da sentido al resto.

Por ello, el concepto de producción, contrapuesto al de *obra*, conlleva en sí el sello de la planificación, de la repetición, de la propiedad y la estrategia, lo cual quiere decir que existe una(s) intencionalidad(es) en el espacio, que lo producen y le quitan toda apariencia de neutralidad, que le despojan su carácter de objeto inerte heredado del pensamiento científico dominante, de la noción newtoniana y euclidiana.

El espacio, como la razón misma, se vuelve instrumental, y posee siempre, y ante todo, un sentido político. “Efecto de acciones pasadas, el espacio social permite que tengan lugar determinadas acciones, sugiere unas y prohíbe otras”.⁸⁶ Las propias relaciones de dominación, por lo tanto, se espacializan, se vuelven espacio social, son el espacio dominante. Este espacio es el de la política dominante, lo que Rancière denomina como “la política como policía”,⁸⁷ la que representa a la comunidad como única e indivisible, una forma de ser en común vigilada constantemente. Es el espacio del Estado, de las clases dominantes, del bloque histórico y la hegemonía, “que no toleran ni resistencias ni obstáculos”.⁸⁸

El espacio dominante es hoy el espacio capitalista. Del pensamiento *lefebvrino* pueden extraerse tres grandes premisas: 1) el espacio es un producto de la dinámica social, y el

⁸⁴ Henri Lefebvre, “Space. Social Product and Use Value”, en H. Lefebvre, *State, Space, World. Selected Essays. Op. cit.*, p. 186.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 187.

⁸⁶ Henri Lefebvre, *La producción del espacio. Op. cit.*, p. 129.

⁸⁷ Jacques Rancière, *Momentos políticos*. Capital Intelectual, Argentina, 2010, p. 93.

⁸⁸ Henri Lefebvre, *State, Space, World. Op. cit.*, p. 192.

espacio social es un espacio dominante, producido por las propias relaciones de poder que imperan en la sociedad; 2) el capitalismo sólo puede reproducirse a partir de producir espacio, no solamente de apropiarlo, sino de producirlo; y 3) a partir de producir espacio, un espacio por ello altamente estratégico, se domina.⁸⁹

Comprendidas estas tres proposiciones, la dimensión geopolítica puede y debe ser resignificada, desde su primera y tradicional acepción determinista, racista, biologicista y clasista, hacia la comprensión de la dinámica de la producción política y social del espacio, una dinámica dialéctica, en donde el espacio es producido por y a la vez produce a lo social. Desde esta perspectiva, la geopolítica social continúa viva, y no sólo refiere a la producción del Estado moderno y sus mecanismos biopolíticos y gubernamentales de regulación; va más allá de éste, al plantear la producción de un espacio dominante mundializado, por ello fragmentario, contradictorio, heterogéneo, totalitario, instrumental y estratégicamente articulado, aunque no por ello con una coherencia única de fondo.

La geopolítica, por lo tanto, en un sentido crítico, primero debe comprender la dinámica de producción del espacio dominante (incluyendo la geopolítica del capital y su lógica espacio/temporal de articulación global),⁹⁰ para también abrir la posibilidad de plantear horizontes emancipatorios, la producción de espacios apropiados por lo político, es decir, lo social, en un sentido que niegue la posibilidad misma de reproducción de las relaciones dominantes.⁹¹ “Cambiar la vida”, “cambiar la sociedad”, apunta Lefebvre, “estas frases significan nada si no hay una producción de un espacio apropiado”⁹² por lo político.

¿Deberíamos socializar el espacio? Ciertamente no: éste se encuentra ya socializado en el marco de la sociedad y del modo de producción existentes. Una sociedad que se encuentra transformándose a sí misma hacia el socialismo no puede aceptar (incluso durante el periodo transicional) al espacio tal y como es producido por el capitalismo. Hacer ello significa aceptar la existencia de las estructuras políticas y sociales; ello sólo conduce a un callejón sin salida. Es

⁸⁹ Cfr. David Herrera, *Hegemonía, poder y crisis. Bifurcación, espacialidad estratégica y grandes transformaciones globales en el siglo XXI*. FFyL-UNAM / Ediciones Monosílabo, México, 2017, pp. 57-58.

⁹⁰ Cfr. David Harvey, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal, Madrid, 2007, pp. 332-365.

⁹¹ Cfr. Ana Esther Ceceña, *Derivas del mundo donde caben todos los mundos*. CLACSO / Siglo XXI, México, 2008, pp. 121-131.

⁹² Henri Lefebvre, *State, Space, World. Op. cit.*, p. 186.

aceptar la reproducción de las relaciones de producción: así, al final, se trata de lo mismo, y cualquiera que sea la forma en que se controle y se jerarquice, seguirá siendo el reflejo de las anteriores jerarquías sociales.⁹³

En un sentido crítico, un concepto de geopolítica debe ser entendido como la dinámica de producción del espacio, de su instrumentalización y planificación, que conlleva a la noción de un espacio estratégico, dominante, producto y productor de la reproducción social vigente, pero así también como contradictorio, siempre disputado y siempre imposibilitado de ser totalmente controlado; por ello, la geopolítica abre también hacia la posibilidad de apropiación del espacio, de la producción de otros espacios; contrarrestar y negar al espacio dominante, forzosamente atraviesa la necesidad de producir espacio, en una dinámica geopolítica que bien podría denominarse como negativa⁹⁴ y emancipatoria.

⁹³ *Ibíd.*, p. 192.

⁹⁴ *Cfr.* Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*. Ariel, Barcelona, 2001, pp. 151-170.